



S. GUILLELMO SOLITARIO.

victoria en aquella piadosa contestacion se declaró por la que tenía un amor de Dios mas perfecto, y mas fuerte.

Habiéndose restituido nuestra Santa el dia siguiente por la mañana al lugar de su retiro, murió con la muerte de los justos tres dias despues.

En el instante en que espiró se hallaba solo S. Benito en su acostumbrada contemplacion, y levantando los ojos, dice S. Gregorio, que vió el alma de su santa hermana volar al cielo en figura de una cándida paloma. Inundado de alegría á vista de la dicha que gozaba su amada Escolástica, dió parte á sus discipulos, y todos rindieron al Señor humildes y devotas gracias. Envió despues á algunos monges para que condujesen el santo cuerpo á Monte Casino; pero fué preciso conceder á sus hijas el justo consuelo de tributar las últimas honras á su buena madre por espacio de tres dias, despues de los cuales se trasladó aquel precioso tesoro á la iglesia del monasterio, y S. Benito le hizo enterrar en la sepultura que tenia destinada para sí. Murió Sta. Escolástica por los años del Señor de 543, cerca de los sesenta de su edad.

Estuvo el cuerpo de la Santa en Monte Casino hasta la mitad del siglo VII, en que habiendo arruinado los Longobardos aquel famoso monasterio, fueron trasladadas á Mans las preciosas reliquias, donde son honradas con estraordinaria devocion. El año de 1562 se apoderaron los Hugonotes de la ciudad de Mans: mataron inhumanamente á los sacerdotes, pusieron fuego á las iglesias, profanaron los vasos sagrados: llevaron las arcas, cajas y relicarios preciosos donde estaban colocadas las reliquias, ó depositados los cuerpos santos, despues de sacar éstos, y aquéllas arrojándolas por el suelo; y cuando iban á ejecutar lo mismo con las de Sta. Escolástica para quemarlas, se apoderó de ellos un terror pánico, que los obligó á huir precipitadamente, sin descubrirse el motivo; lo que se atribuyó generalmente á su poderosa y singular proteccion, y no contribuyó poco á aumentar la devocion de los pueblos.

#### SAN GUILLERMO, ERMITAÑO Y CONFESOR.

**F**ué S. Guillermo hijo de los duques de Aquitania, y condes de Pictavia, ilustrísimos por sangre, y en riquezas y estados, poderosos. Sucedióles Guillermo, como heredero, y vino á ser duque y conde, como sus padres: los cuales le criaron en toda grandeza, y regalo; y él de suyo era brioso, y mal inclinado. Era muy alto de cuerpo, y tanto que parecia gigante,

y de tantas fuerzas, que no habia quien compitiese con él; y comia tanto, que bastara para ocho mancebos bien dispuestos, y robustos. Gustaba mucho de las armas, y pendencias: y cuando no habia guerra, en que ocuparse, desafiaba á los otros á pelear consigo. Fué muy vicioso, y tan carnal, que como otro Herodes tomó por fuerza su mujer á un hermano suyo, y la tuvo tres años en su casa, y no sufria que ninguno le reprehendiese, y tachase lo que hacia. En la cólera era un fuego, en el perdonar de acero, y como una dura piedra, para todo lo que era blandura, y piedad. Vivía en aquel tiempo en su pobre, y santo monasterio de Claraval el glorioso Bernardo: el cual, oyendo la mala vida de Guillermo, y el escándalo que daba á sus pueblos, y á todo el reino de Francia, por ser principe tan esclarecido, y puesto en los ojos de tantos; hizo oracion por él, y deseó mucho hablarle, y reducirle al camino de la vida: mas no halló modo de hacer lo que deseaba; porque ni él queria salir de su rincón, y santo recogimiento, ni podia enviar á llamar al duque Guillermo; porque siendo tan libre, y desbaratado, como era, no se dignaria de venir á Claraval. Pero andando el tiempo, Dios nuestro Señor abrió camino, para que S. Bernardo hablase al conde, con la ocasion que aqui diré.

Despues de la muerte de Honorio II, sumo Pontífice, fué elegido en su lugar Inocencio II de este nombre: opusosele un cardenal, caballero romano principal, llamado Pierleón, el cual tomó por nombre Anacleto, y causó un peligroso cisma en toda la Iglesia católica, porque unos seguian, y obedecian á Inocencio, que era el verdadero papa, y otros á Anacleto, que era antipapa, y con violencia habia usurpado la silla apostólica. Hizose en Francia un concilio, para averiguar esta verdad, y fué llamado á él, por su grande autoridad, y opinion de santidad y prudencia, el bienaventurado padre S. Bernardo; y todo el concilio puso en sus manos aquel negocio, y por su declaracion, y sentencia recibió por Papa y Vicario de Cristo á Inocencio, sin que hubiese persona en todo aquel concilio, que se opusiese á tal declaracion; y así fué obedecido en todo el reino de Francia. Solo Guillermo, parte por su mala condicion, y parte por persuasion de un mal obispo, tomó las partes de Anacleto, y le favoreció, y persiguió á todos los que tomaron la voz de Inocencio. Por esta ocasion fué el santo abad á Poitiers: y estando en un convento de su órden, que allí se habia fundado, envió á rogar á Guillermo, que se dejase hablar, y él vino á S. Bernardo: el cual ni con blandura, ni con severidad, ni con ruegos, ni con amenazas de la ira de Dios, pudo alcanzar del duque lo

que pretendia; y así se volvió á su recogimiento, triste y desconsolado, porque el mal de Guillermo le atravesaba el corazón; y el verse en su celda le alegraba. Pero no pudo reposar mucho en ella; porque enviando el Papa Inocencio por legado suyo á Aquitania á Gaufrido, obispo Carnotense, para remediar los daños que el duque Guillermo en aquella provincia hacia contra la Iglesia y contra los obispos, prelados y eclesiásticos; llevó á S. Bernardo en su compañía, y á otros muchos obispos y religiosos, para tratar de comun acuerdo, lo que con un hombre tan terrible, fiero y poderoso se habia de hacer. Habló la segunda vez el santo abad: y aunque le persuadió, que daria la obediencia á Inocencio, nunca le pudo persuadir, que restituyese los obispos que tenia desterrados; porque decia, que le habian ofendido, y que él habia jurado de no perdonarlos jamás. Como el Santo vió tan duro y empedernido al duque, entróse en la iglesia á hacer oracion por él, y á decir misa, y tomó el santísimo Sacramento sobre la patena, y salió á la puerta de la iglesia, donde estaba el duque; porque no podia entrar en la iglesia, por estar escomulgado. Allí le habló el santo abad, teniendo á Jesucristo nuestro Salvador en las manos, con tan grande imperio, y espíritu del cielo, que el duque cayó en el suelo, y postrado á los pies de S. Bernardo, hizo todo lo que le mandó, como mas largamente lo escribimos en su vida. El Santo se volvió á Claraval, dejando asombrado y atónito al duque; pero mas tratable y blando. Y el Señor, que de gran pecador le queria hacer gran santo, y de Saulo Paulo, le miró desde el cielo con ojos de piedad, y con los rayos amorosos de su divina luz fué penetrando poco á poco el corazón del duque, despidiendo las tinieblas que le ofuscaban, alumbrándole, y encendiéndole á hacer penitencia de sus pecados gravísimos, y convertirse de veras al Señor. Hizo esta resolucion Guillermo; y para acertar lo que habia de hacer, deseó tomar algun varon espiritual, y prudente por maestro, que le enseñase: y aunque se inclinaba á ponerse en manos de S. Bernardo; pero por estar lejos, y parecerle que le habia ofendido mucho, lo dejó y se fué á otro solitario, que moraba allí cerca, y era hombre sin letras y simplicísimo; pero tenido por santo: el cual, cuando vió á Guillermo, que le venia á buscar, sabiendo los males innumerables que habia hecho contra la Iglesia, tuvo temor, que no viniese por mal; y así le riñó, y reprendió mucho, diciendo, que era tirano, cruel y una fiera infernal; que no le tentase, sino que se volviese á Dios, é hiciese penitencia de sus pecados: y por mas que Guillermo le dijo, que para esto venia

aparejado á seguir su consejo, y hacer lo que él le dijese; nunca el solitario quiso aconsejarle, temiendo ser de él engañado; pero remitíole á otro santo viejo, hombre docto y experimentado, que vivía allí cerca. No se alteró el duque, ni se embraveció con el desvío, y sequedad del solitario, porque estaba ya herido de Dios; antes se fué á buscar con mucha humildad y paciencia al otro siervo del Señor, el cual le recibió benigna y amorosamente; porque habia tenido revelacion de Dios de la venida del duque, y á lo que venia: y despues que entendió de él sus buenos propósitos, y le confirmó en ellos, haciéndole las caricias que pudo, le dijo: que se volviese á su casa, y que no descubriese á nadie sus intentos; porque el descubrirlos suele ser muy peligroso para los que comienzan, y quieren servir al Señor; y que despues, vestido de sus armas, volviese á él en el mejor caballo que tenia en su caballeriza. Todo lo hizo Guillermo como el santo viejo se lo mandó: volvió muy bien armado, como si fuera á la guerra, y muy bien á caballo, y halló á su maestro y consejero, y con él á un herrero con todos los instrumentos de su arte, que el mismo Santo habia hecho traer. Despues de haber oído á Guillermo, él con grande severidad, y con un espíritu del cielo le puso delante los males gravísimos que habia cometido, las penas del infierno que merecía por ellos, y que Dios le habia guardado por su misericordia, para que satisficiera en esta vida por ellos dignamente: y que para esto era necesario, que á la medida de la culpa fuese la penitencia; porque algunos, dijo, se engañan gravemente, pensando que con cualquiera penitencia purgan los pecados abominables y detestables que cometieron; y no menos los sacerdotes que los dejan con este engaño ir al infierno. Mejor es, que pagues lo que debes á Dios en esta vida, que no en la otra con fuego eterno. Pues para esto toma mi consejo; y entiende, que el ayuno doma la carne, y la oracion sana el alma, y la limosna vale para todo. Por esto vende todo lo que tienes y dalo á los pobres, y vistete de esta loriga de hierro que tengo aquí aparejada, y tráela todos los dias de tu vida, y con los pies descalzos ve al Papa y échate á sus pies, para que te perdone y absuelva de la escomunion con que estás encadenado, y quite el escándalo que has dado al mundo. De la oracion no te digo nada; porque confia en Dios que con el tiempo la union del Espíritu Santo te enseñará lo que en ella y en las demás cosas debes hacer.

Bien se vió que no hablaba el viejo, sino Dios por él, que habia inflamado ya á S. Guillermo en su amor de tal manera,

que aceptó aquella tan rigurosa penitencia, como si un ángel por orden del Señor se la hubiera traído del cielo. Allí mismo se desnudó, y por manos del solitario y del herrero se vistió aquella loriga de hierro sobre sus carnes, y se la aferraron con diez cadenas tan fuertemente, que no se pudiese con el tiempo quitar; y sobre la loriga le echaron un áspero cilicio, y en la cabeza un morrion de hierro; y con estas armas vestido volvió á su casa, y dió todo lo que pudo á los pobres, y descalzo y á pié se fué en busca del sumo Pontífice, que á la sazón era Eugenio III, discípulo de S. Bernardo, y habia venido de Roma á Francia, y celebrado concilio en Rhems, y en él escomulgado de nuevo y anatematizado á Guillermo, como rebelde y pertinaz; no sabiendo que Dios nuestro Señor le habia tocado el corazón, y que ya estaba arrepentido. En esta coyuntura se presentó el duque en aquel hábito de penitente, descalzo, al Papa, y se postró á sus pies, y con los ojos bajos y llorosos, y con el rostro vergonzoso y humilde, comenzó á pedirle perdon, encareciendo sus grandes maldades, y suplicándole que se las perdonase; pues Dios es tan misericordioso, y era su vicario en la tierra. Espantóse el Papa cuando vió un hombre de tan alta estatura á sus pies, sin conocerle; y preguntóle quien era. Cuando oyó de él, que era Guillermo, duque de Aquitania, mucho mas se maravilló, temiendo no fuese alguna fantasma, ó que el demonio hubiese tomado aquella figura para engañarle; y dijo: Yo no sé quien eres; porque al duque Guillermo no le conozco de vista: pero si tú no eres el que me dices, y me has querido engañar; mira, no caiga sobre tí la maldicion de Dios: y si eres el duque, como dices; ¿por qué te finges penitente? ¿ó como quieres que crea, que estás arrepentido de las maldades y delitos que has cometido contra su Iglesia, sembrando cisma en ella, y escandalizando al mundo, y tomando su propia mujer á tu hermano? Bien sé que Dios es todopoderoso, y que puede convertir las piedras en hijos de Abraham, y de lobos hacer corderos; pero hasta ahora no sé, que lo haya hecho en tí: no lo creeré, hasta que vea otras señales de mayor penitencia. Vete de mi presencia; porque yo no sé que hacerme contigo, ni sé quien eres. No se turbó Guillermo con esta severa respuesta; antes se humilló mas, y con los ojos bajos, y con la voz temblando, dijo: que bien conocia que sus pecados merecian mayor castigo, y que para satisfacer por ellos habia venido á su santidad, y que le suplicaba que le echase su bendicion; porque si no la alcanzaba, le protestaba que el sumo pastor Jesucristo, cuyo vicario él era en la tierra, le pediría cuenta

de su alma como de oveja perdida. Entonces el sumo Pontífice le respondió mas blandamente, y le remitió al patriarca de Jerusalem, que era varon santo y prudente, dándole todas sus veces, para que hiciese con Guillermo todo lo que le pareciese ser necesario para bien de su alma. Consolóse con esta respuesta Guillermo, y besando el pié al Papa, fué á Jerusalem, y dió cuenta al patriarca de su ida. El patriarca, además de ser varon perfecto, prudente y de gran consejo, era hijo de un criado antiguo de Guillermo, á quien él por sus buenos servicios habia hecho grandes mercedes; y el patriarca, sabiendo esto, como buen hijo deseaba agradecer á S. Guillermo, y servirle por lo que habia hecho por su padre; y así juntándose la piedad y amor de Dios con este reconocimiento y gratitud, el patriarca, despues de haber hecho gracias al Señor por haber alumbrado y trocado el corazon de Guillermo tan poderosamente, y suplicándole, que llevase adelante lo que habia comenzado, y le diese perfeccion; abrazó al duque con entrañas de verdadero padre, y le acarició y regaló, y quiso tenerle en su casa; pero el duque no lo consintió, antes le pidió que mandase hacer en una cueva, que estaba allí cerca de su casa, un aposentillo á manera de choza, en el cual se encerró, y estuvo nueve años con grande aspereza y rigor de vida; porque su casa era aquella pobre celda: su comida un pedazo de pan negro: su bebida un poco de agua: su vestido la loriga y el cilicio: su cama el suelo: su cabezal una piedra; y por cobertor el techo: y con todo esto estaba mas seguro y mas alegre, que cuando era señor y poderoso, é iba vestido de oro y seda. Pasaba muchas noches enteras en oracion, y lloraba amargamente sus pecados: heria sus pechos; y hacia una vida, que parecia mas de un hombre venido del cielo, que no de tan gran pecador como él habia sido, ó de hombre mortal; y así el Señor comenzó á regalarle, y á enviarle ángeles, que á menudo le visitasen, amonestasen y consolasen.

Mas estando él ocupado en tan santos ejercicios, y olvidado de su tierra, grandeza y estados; sus deudos, amigos y vasallos, no lo estaban de buscarle, y saber donde estaba. Para esto hicieron muchas y grandes diligencias, enviando por muchas provincias, por mar y por tierra, hombres que le buscasen; y finalmente, sabiendo de algunos peregrinos que volviañ de Jerusalem, que estaba en aquella santa ciudad, fueron allá muchos de sus deudos y amigos; y hallándole en aquella cueva, y traje tan vil y penitente, le quisieron persuadir que en todo caso se volviese á su casa, y dejase aquel desatino, que así le llamaban, y aquella manera de vida tan loca que habia comenzado; pues

era sobre sus fuerzas, y no la podia llevar adelante, y tenia edad para poder gozar de sus estados, y hacer bien á muchos, y librar á sus vasallos de los agravios que sus enemigos les hacian, y remediar á los pobres, consolar á las viudas, amparar á los huérfanos, y reprimir á los insolentes que en su ausencia robaban los pueblos, y destruian las iglesias, y hacian todo lo que querian. Oyó S. Guillermo los silbos de las serpientes: y no los oyó; porque determinó cerrarles las orejas, y para librarse de ellos salirse de donde estaba secretamente; é irse á otra parte, donde le guiasse Dios, y así lo hizo; pero permitió nuestro Señor que el demonio de allí adelante le tentase mas fuertemente, y que las palabras que sus parientes y amigos le habian dicho, y él habia desechado, se le pegasen en el corazon, representándosele lo que habia dejado, y lo que al presente tenia; y deteniéndose en estos pensamientos mas de lo que debiera, se comenzó á entibiar y á trocar el corazon, y aficionarse á la vida pasada, y á no estar tan firme en su primer propósito; y esta tentacion permitió Dios, para que mas se humillase, y mejor entendiese su flaqueza, y que toda su fortaleza le venia de arriba.

Partióse de Jerusalem y vino á Italia, y pasando por el estado de Luca, halló que los luqueses hacian guerra contra algunos vecinos suyos, y que tenian cercada una fortaleza, y no la podian tomar: y como Guillermo era tan valeroso, y experimentado soldado, y venia ya tibio, como dijimos, en su propósito, se dejó de decir, que aquellos capitanes que allí estaban, no sabian lo que se hacian, y que si aquel negocio estuviera en su mano, muy presto lo acabára, y con feliz suceso. Entendieron esto los gobernadores de aquella empresa: hablaron con Guillermo, rogándole que se encargase de ella; y él prometió de hacerlo, y se armó y aprestó, y puso en orden. En este punto Dios nuestro Señor se apiadó de él, y para alumbrar su alma le quitó la vista corporal. Abrió los ojos de la carne, y hallóse ciego: abrió los del alma, y conoció su pecado, y lloróle, y pidió perdon á nuestro Señor, y suplicóle que le restituyese la vista; porque él le prometia volver al estandarte de la cruz, que casi habia dejado, y de militar debajo de él hasta la muerte. «Abrid, dijo, Señor, vuestros ojos, y mirad mi desconsuelo; y abrid mis ojos, para que yo vea vuestra consolacion.» Luego cobró la vista: y avisando á los gobernadores que le habian hablado, que él era un pobre hombre, que pretendia servir á Dios, y que no le era lícito tratar las armas; se despidió de ellos, y tomó el camino otra vez para Jerusalem. Entró en el mar, y navegando, fué preso de los corsarios sarracenos: los

cuales viéndole sin armas, pobre y desnudo, luego entendieron que debía ser algun cristiano penitente: tentáronle y descubriéronle la loriga, que traía á raiz de las carnes, y se la quisieron quitar; pero no pudieron, por estar aferrada con aquellas cadenas que se dijo arriba; y así le dejaron: y llegando á Jerusalem, volvió á su estrecha y antigua morada, donde de nuevo fué asaltado de los enemigos domésticos, parientes y amigos suyos, que con todas las máquinas y artificio, que pudieron, le pretendieron derribar y hacer volver atrás, para que habiendo salido de Sodoma, se volviese en estatua de sal, como la mujer de Lot; pero como él estaba ya mas escarmentado, cerró las orejas como aspido sordo á las voces de los encantadores; y por librarse de ellos, despues de haber estado allí otros dos años continuos, secretamente, sin ser sentido, se fué á una soledad que estaba allí cerca, para vivir como ermitaño, sin ser de nadie conocido. En esta soledad estuvo algun tiempo ocupado en oracion y meditacion, en aspereza y penitencia, mortificando su carne con aspereza, y recreando su espiritu con el aliento y favor del cielo. Mas como el santo varon estaba temeroso de sí por lo pasado, y conocia su flaqueza, y juzgaba que tenia necesidad de quien le ayudase, y diese la mano; movido del Señor, se determinó á venir á España, para visitar el cuerpo del glorioso apóstol Santiago, su patron.

Vino, y fué muy regalado del Señor por intercesion de su santo Apóstol: y habiendo estado algunos dias ocupado en aquella santa devocion, y sido tratado con mucha caridad de algunas personas siervas de Dios, que allí estaban; volvió á Italia, y en el territorio de Pisa, en un bosque que se llamaba Liballia, se entró en una cueva espantosa, donde se le llegaron algunos compañeros, y edificaron un hospital para recogimiento de los pobres. Pero poco despues los religiosos que se le habian llegado, se cansaron de él, porque no les hablaba sino de Dios, y su vida les parecia inimitable, y así comenzaron á maltratarle y perseguirle. Por esto él, encomendando el hospital á uno de ellos, que era buen hombre, y se llamaba Pedro, los dejó, y se fué á otro monte llamado de Pruno, y en una selva muy espesa armó una choza, para servir apartado al Señor: aunque como la fama de su santidad se esparció por toda aquella tierra, vinieron muchos á buscarle, para vivir debajo de su obediencia, y ser enderezados por sus santos consejos á la perfeccion; mas tampoco esta vez le faltó que padecer con ellos.

No pudo el demonio disimular mas su ira; y permitiéndolo así nuestro Señor para mayor merecimiento, y corona de su siervo, determinó de hacerle guerra por otro camino; pues los que hasta

ahora habia tomado, no le habian aprovechado. Estando, pues, una noche solo en su recogimiento, puesto en una fervorosa oracion, y contemplacion de Dios, vino una gran multitud de demonios á él con gran ruido, y tropel en varias figuras, y horribles formas de caballos, de leones, tigres, osos, serpientes, y otras bestias fieras, dando bramidos, y cada una con su sonido propio, queriéndole espantar: parecia que aquellos demonios infernales hundian todo aquel campo: cercaban por todas partes la cabeza del Santo; y comenzaron entre sí á pelear como hombres armados; y uno de ellos, tomando la figura de su mismo padre, con voz clara y serena, comenzó á hablarle, y exhortarle con muchas y amorosas palabras, que se compadeciese de su vejez, y obedeciese, y dejase aquella triste y desventurada vida, y se volviese á gozar de la que antes tenia; pues en ella podia servir á Dios, y hacer bien á muchos, y asegurar su salvacion: y como el Santo estuviese fuerte, y los demonios viesan que no se movia, ni respondia, juzgando que hacia poco caso de ellos; entraron con gran furia, y le sacaron arrastrando de su choza, dándole muchos golpes, y maltratándole de manera que le dejaron quebrantado, y casi muerto, que apenas podia resollar. Mas el Señor no se olvidó de su soldado; aunque parecia, que (como á otro S. Antonio Abad) le habia dejado á solas pelear con aquellos monstruos infernales. Luego aparecieron tres doncellas hermosísimas, vestidas de inmensa claridad, y entre ellas, la que con mayor resplandor y majestad venia, habló á Guillermo muy dulcemente, exhortándole á fortaleza y perseverancia; y esta fué la Reina del cielo, y Virgen Maria nuestra Señora, y las otras dos vírgenes encendieron fuego, y le calentaron, y le untaron con los unguentos preciosos y aromáticos, que traian: y con esto, y con la vista de la Virgen quedaron sanas las llagas, y el cuerpo de S. Guillermo, y con sus palabras se recreó y refociló su espiritu, y confianza en sus mismas tentaciones y trabajos con esta Señora, teniéndola por su único amparo y refugio. No paró aquí el demonio; antes viendo que por sí mismo no habia podido vencer á S. Guillermo, pretendió derribarle por medio de los hombres, ministros suyos. Comenzó, pues, á tentar los religiosos, que con él estaban, y á instigarlos y encenderlos contra él, para que anduviesen amargos, descontentos y desabridos, y con palabras y obras, y con agravios é injurias se lo mostrasen; y ellos lo hicieron tan desatinadamente, que obligaron al Santo á dejarlos, y volverse á aquel bosque de Liballia: donde antes habia estado, y edificó aquel hospital. Pero aquí no menos le persiguieron con baldones, y afrentas los otros religiosos: y él, viéndose combatido en

todas partes, y hallándose flaco y enfermo, no sabiendo qué camino tomar, ni á donde ir, para tener paz y quietud; oyó una voz del cielo que le mandó, que fuese á un monte llamado Petricio, cerca de un pueblo llamado Castellon, donde estuvo algun tiempo en casa de unos casados, personas virtuosas, que le recibieron en ella con grande devocion y caridad. Y como un dia se hallase el Santo por los muchos ayunos, gran calor, y recio dolor de su cuerpo, casi consumido y desmayado, y pidiese á su huésped que le aparejase alguna cosa que comiese, para que no falleciese, y ella, por estar con una fuerte calentura, no lo pudiese hacer, el Santo hizo oracion á Dios, suplicándole que la sanase; y ella luego sanó, y le aparejó lo que habia menester, y despues le sirvió todos los dias de su vida. Mas con este milagro quedó Guillermo tan confuso, y tan temeroso de la gloria vana, y aura popular, que por no ser estimado se fué de allí á un valle, que se llamaba *Stabulum Rhodis*, inculdo y desierto, y ahora se llama Malavales; y está en el territorio de Sena, como lo notó el cardenal Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio á los 10 de febrero: donde con la limosna, y diligencia de algunas personas honradas y devotas, se le hizo una habitacion pobre y vil, en que estuvo hasta el fin de su vida; la cual fué tan escelente, y tan adornada de todas las virtudes, que parecia hombre, no humano, sino divino; y las mismas fieras, y serpientes le reverenciaban, y se postraban á sus pies y los lamian, y hacian todo lo que les mandaba.

Habiendo, pues, vivido en este lugar un año y medio en su acostumbrada, y rigurosa penitencia, y santa vida, entendió por la disposicion de su cuerpo, y no menos por los afectos y ansias de su bendita alma, que se llegaba el tiempo en que el Señor le queria llevar para sí: y aunque estaba tan aparejado para aquella hora, recibió los sacramentos de mano de un sacerdote, que para esto vino de Castellon, y dió su espíritu en manos de aquel Señor, que para tanta gloria suya le habia criado: y para descubrir mas en Guillermo el tesoro riquísimo, é inestimable de su misericordia y clemencia, fué cosa maravillosa, que al tiempo que espiró, su rostro, que por la aspereza y penitencia estremada, estaba pálido, mortecino y consumido, súbitamente resplandeció, y con una nueva claridad quedó muy hermoso: y así como en vida parecia muerto; así en muerte parecia vivo. Sepultaron su cuerpo el sacerdote, y un discípulo suyo, llamado Alberto, en un huerto que el mismo Santo solia cultivar por sus manos. Fué su muerte á los 10 de febrero del año del Señor, segun el cardenal Baronio, de 1136, y despues se labró una iglesia y monasterio,

donde hoy dia está su sepulcro, y estuvo antes su cuerpo, aunque parte de él se trasladó á Castellon, que está como una legua de Malavales, y se colocó en la iglesia de S. Juan Bautista. Ilustró Dios á S. Guillermo con muchos milagros en vida, y mas en muerte; porque los que acudian con devocion á su sagrado cuerpo, estando enfermos alcanzaban salud, los ciegos vista, los sordos oido, los mudos lengua, los cojos pies, los mancos manos, los leprosos limpieza; y finalmente, todos volvian consolados, haciendo gracias al Señor por las mercedes que les habia hecho, y al Santo, por cuyos merecimientos se las habia hecho. Tuvo don de profecia, como lo mostró en la hora de la muerte, consolando á Alberto, discípulo suyo, diciéndole: que Dios le daría compañía, antes que él partiese de esta vida, con la cual pudiese perseverar en aquel lugar; y así fué.

Los cronistas de la orden del glorioso padre S. Agustin, y otros autores, que escriben de la institucion, y reformation de las religiones, dicen que S. Guillermo, cuya vida acabamos de escribir, fué fraile ermitaño agustino, y que con su santa vida y ejemplo, y con la diligencia, y solicitud grande que puso, reformó la misma orden del glorioso padre S. Agustin en muchas partes, especialmente en el reino de Francia, porque estaba muy caída y relajada en su tiempo; y que la reparó de tal manera, que en aquel reino, y en otras partes los ermitaños se comenzaron á llamar los guillermistas, tomando el nombre, no de su autor, sino de su reformador; como la orden del Cister le tomó del glorioso padre S. Bernardo, por haber él ilustrado, y amplificado la orden del Cister: y que por la misma razon los mismos padres ermitaños de S. Agustin en Lombardia, y en otras partes de Italia, se llamaron jambonitas, por un santo varon, llamado Juan Bueno, mantuano, y fraile de su orden, habiendo hecho en aquellas provincias, lo que S. Guillermo habia hecho en Francia; y que en otras partes tenian otros varios nombres, y diferentes hábitos, reglas y cabezas, hasta que Alejandro papa IV redujo á todos los ermitaños que estaban dispersos, á una orden, á una regla, y á un hábito, que es el que ahora traen, y debajo de una cabeza, y de un prior generalísimo, que fuese superior de todos, como lo vemos ahora.

La vida de S. Guillermo escribió un discípulo suyo, llamado Alberto, que vivió mucho tiempo con él, y se halló á su muerte. Tambien la escribió mas difusamente Teobaldo, obispo, en prosa, y la trae el P. Fr. Lorenzo Surio en el primer tomo de las vidas de los Santos, y Cornelio Grafeo en verso: y los padres Fr. Alonso de Orozco, y Fr. Jerónimo Roman.

*La Misa es en honra de Sta. Escolástica, y la oracion es la que se sigue:*

O Dios, que sois nuestra salud, oid benignamente nuestras oraciones, para que así como celebramos con gozo la festividad de vuestra virgen santa Escolástica, así consigamos el fervor de una devocion piadosa. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es del capitulo 40, y 41 de la segunda del Apóstol S. Pablo á los Corintios.*

Hermanos: el que se gloria, gloríese en el Señor; porque no es digno de aprobacion el que se recomienda á sí mismo, sino aquel á quien recomienda Dios: ojalá soportarais algun tanto lo que os parezca imprudencia

mia. Pero dispensadme, pues estoy lleno de santa emulacion en Dios por vosotros, porque he prometido á Jesucristo presentaros á él santos, como una virgen casta á su único esposo.

#### REFLEXIONES.

¿De qué podemos gloriarnos? ¿Qué somos? ¿Qué tenemos nosotros, que no nos humille poderosamente? Corrupcion en el corazon; tinieblas en el entendimiento; miserias en el cuerpo. ¿Qué inclinacion mas rápida, mas vehemente á todo lo malo? ¿Qué dificultad en convertirnos á todo lo bueno? ¿Qué manantial inagotable de miserias? ¿De qué puede engreirse el polvo y la ceniza, dice el Sabio? (*Eccles. 10.*) Habiendo sido criados del abismo de la nada ¿qué hallamos en nuestro origen, que pueda lisonjear nuestro orgullo? ¿Y si nos miramos mas de cerca, nos encontraremos por ventura menos contemptibles? ¡Buen Dios! ¿qué puede hallar el hombre dentro de sí mismo que le lisonjee? Sus pasiones le tiranizan; su espíritu le atormenta; su amor propio se burla de él: encuentra su suplicio dentro de su mismo corazon. Ni hay que buscar motivos mas reales de gloria vana en la diferencia de las condiciones. ¿El nacimiento y la muerte de los mayores principes en qué se distingue de la muerte y del nacimiento del hombre mas vil, y mas humilde? Y á la verdad, ¿de qué podemos gloriarnos? ¿Es acaso de ese espíritu, de ese ingenio brillante, de cuya posesion nos hacemos tanta merced? Los demonios tienen mas que nosotros. Fuera de que, ¿fui-

mos por ventura nosotros los artifices, los que nos fabricamos la delicadeza de nuestros órganos? ¡Ah! que un accidente, una calentura basta para embotar el ingenio mas agudo. ¿Es acaso de esa clase un poco mas elevada, de ese tren un poco mas magnífico, de ese esplendor que nos rodea, de esos grandes bienes de fortuna, que muy presto han de pasar á otras manos? ¡Ah! que todas esas esterioridades que deslumbran, todos esos ostentosos aparatos de la vanidad son títulos postizos que caen muy por defuera, que no producen ni un solo grado de verdadero mérito: de suerte, que hablando en todo rigor, no somos grandes, suntuosos, ricos, sino por via de empréstito. Apacentámonos con la idea de un mérito imaginario, que en realidad no es mas que una hermosa ilusion de nuestro amor propio, y de nuestro orgullo. Pero quiero suponer que poseamos alguna prenda apreciable, algun talento. ¿Seria este legítimo motivo para tenernos por mas, para envanecernos? ¿Qué tienes, dice el Apóstol, que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias, como si fuera cosecha tuya, y como si no te lo hubieran dado graciosamente? ¿Qué gloria mas falsa que la que se funda en lo que está fuera de nosotros, y en lo que no ha de ser nuestro por toda la eternidad? Si nos queremos gloriarnos, gloriémonos en el Señor; no solo atribuyéndole toda la gloria del bien que hacemos por su gracia; sino estando muy persuadidos á que no hay gloria verdadera, sino la que nace de la virtud: cualquiera otra, tenga el colorido, tenga la brillantez que quisiere, no es mas que un fantasma, una apariencia de gloria. Pues el que se gloria, gloríese de ser siervo de Dios. Teme á Dios, dice el Sabio, y guarda sus mandamientos, que esa es la verdadera gloria, ese es el verdadero mérito, eso es todo el hombre. Alabarse uno á sí mismo, vanidad necia: prueba evidente de un cortísimo mérito, y de una pobreza de entendimiento aun mucho mas corta. Aun las alabanzas que otros nos dan, no son menos vanas: la lisonja acompaña al interés, y la simulacion á la lisonja: fuera de que este incienso no produce mas que humo. Desengañémonos, que ni tenemos otro mérito, ni somos dignos de otra alabanza, sino en cuanto somos agradables á los ojos del Señor.

*El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.*

En tiempo que Jesucristo recomendaba á sus discipulos la siguiente parábola: Este es semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo, y á la es-

posas : de éstas cinco eran necias, y cinco sabias; pero las cinco necias habiendo tomado las lámparas no previnieron aceite consigo : por el contrario las sabias, juntamente con las lámparas dispusieron aceite en sus vasos. Tardando en venir el esposo se dormitaron todas, y quedaron dormidas; pero á la media noche se oyó un clamor (que decia): Ved, que el esposo viene, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y acomodaron sus lámparas : las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nues-

tras lámparas se apagan. No sea caso, respondieron las sabias, que el que tenemos, no baste para nosotras, y vosotras : id mas bien á los que lo venden, y compradlo para vosotras. Interin fueron á comprarlo, vino el esposo : con quien entraron á la sala de las bodas las que se hallaban dispuestas, y se cerró la puerta. Ultimamente vinieron las demás vírgenes, diciendo : Señor, Señor, ábrenos; pero les respondió : En verdad os aseguro, no os conozco. Ved pues, porque ignorais el día, y hora de mi venida.

### MEDITACION.

#### *De la pureza.*

**PUNTO PRIMERO.** — Considera, que el reino de los cielos se compara á las vírgenes, para darnos á entender la indispensable necesidad que tiene todo cristiano de vivir una vida pura. No se ha de creer, que la pureza es una virtud de mero consejo : es de riguroso precepto; y se puede añadir, que es como la basa, como el cimiento de todas las demás virtudes. La caridad se apaga, la humildad desaparece, la devocion se evapora, hasta la misma fe titubea cuando falta la pureza. Ella da un bello y nuevo lustre á todas las virtudes, como al contrario, todas las deslucen, todas las tizna la menor mancha, que admita el alma en esta materia. Comprende por aquí la necesidad y el mérito de esta inestimable virtud.

Aunque hubieras amontonado tesoros infinitos de gracias y de merecimientos; aunque poseyeras el don de hacer milagros; la pérdida de la pureza arrastra tras de sí la pérdida de todas estas gracias : todo cae con esta hermosísima flor. No se complace Dios sino con las almas puras : la menor mancha ofende su vista. Bienaventurados los limpios de corazon, dice el Salvador del mundo, porque ellos verán á Dios.

No todos pueden dar limosna, ni hacer grandes penitencias;

pero todos, sean lo que fueren, pueden y deben ser castos. No se ha concedido á todos los cristianos el don de la virginidad; pero la castidad ha de ser indispensablemente la virtud favorecida, la mas amada de todos los cristianos. Nuestro divino Salvador, que sufrió se vomitase contra su sagrada persona las mas feas calumnias; que le tratasen de embustero, de impio, de blasfemo, fué tan celoso del honor de su pureza, que en este punto no permitió á sus enemigos, que ni aun levemente le tocasen. Mira Dios con estraordinaria ternura á las almas castas : á ellas solas se comunica; y se puede decir, que de ordinario la medida de las gracias se proporciona á la perfeccion de la pureza. San Juan es puro; ¿es virgen? Pues goza el privilegio de recostarse, de descansar en el pecho, en el corazon de Jesucristo.

¡O mi Dios! ¿conócese el día de hoy el precio de una virtud tan necesaria y tan rara? ¿Y por ventura se ignora, que ninguna cosa manchada entrará jamás en el reino de los cielos?

¿No sabes, dice el Apóstol, que tu cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en tí? Pues si alguno tiene atrevimiento para profanar el templo de Dios, Dios le hará perecer, porque el templo de Dios es santo, y tú mismo eres ese templo. ¡Ah Señor! ¿entiéndese, créese el día de hoy esta doctrina? ¿Practicase esta moral? ¿Es la pureza la que caracteriza las costumbres, y la vida de los cristianos? ¡Mi Dios! ¡y cuantas reflexiones nacen de estas reflexiones! No permitais, Señor, que sean para mayor confusion mia.

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera, que esta inestimable virtud es tan delicada como preciosa; y que si merece nuestro aprecio, no pide menos toda nuestra atencion.

Es la pureza un tesoro, que, como dice S. Pablo, le llevamos en vasos frágiles y quebradizos. Basta un tropiezo para caer, para hacer pedazos estos vasos, y para perder este tesoro. ¿Con qué tiento caminaria un hombre que se viese obligado á conducir un rico tesoro en vasos de vidrio por precipicios, por despeñaderos, por caminos peligrosos y resbaladizos? ¿Y deberíamos nosotros caminar con menos tiento?

No hay virtud tan delicada, ninguna mas espuesta, ninguna tiene tantos enemigos. Pocos objetos se presentan, pocas conversaciones se oyen que no sean otros tantos lazos que el demonio nos arma. Si no velamos continuamente sobre nosotros mismos; si no observamos todos nuestros movimientos, daremos tantas caídas como pasos. Nuestros sentidos están de inteligencia con el enemigo; nuestro propio corazon nos hace traicion; nues-